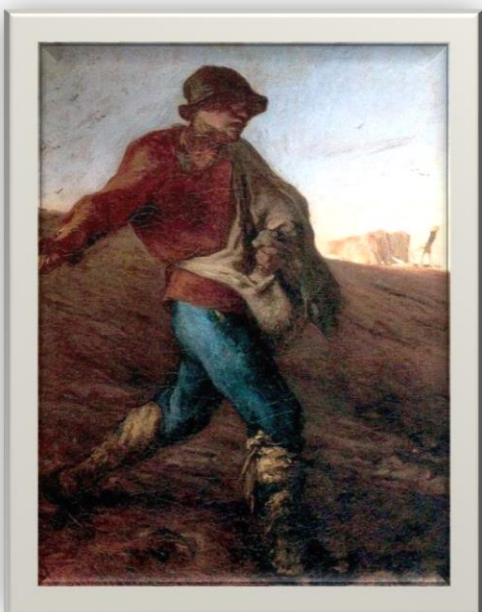


Mc 4,26-34 Domingo de XI semana del tiempo ordinario

“Jesús decía: «El Reino de Dios es como un hombre que echa la semilla en la tierra: sea que duerma o se levante, de noche y de día, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo...»

El espíritu mudo cuando se apodera de él, lo tira al suelo y le hace echar espuma por la boca; entonces le crujen sus dientes y se queda rígido. Le pedí a tus discípulos que lo expulsaran pero no pudieron” (Mc4, 26-26; 9,18).

El Reino de Dios es Jesús en nuestro corazón, se hace presente con la gracia. Cristo viene a potenciar nuestra libertad. Lo acogemos por la fe, la esperanza y la caridad; Él se va encarnando en nuestro corazón.



En la medida que orientamos los deseos, los anhelos, la voluntad hacia Cristo, vamos conformarnos a su modo de ser y vivir. Él es el principio y la fuerza de nuestra acción hacia el bien, que nos conduce a la alegría.

Por el contrario, cuando nos dejamos llevar por el espíritu mudo (del aislamiento, el egoísmo e individualismo) estamos determinados a vivir de una forma circular, que siempre nos lleva a la angustia. Cristo nos puede librar, para llevarnos a vivir en su familia, que es don y apertura.

Señor pon en mi corazón la semilla del Reino y haz que yo te responda con generosidad.

¡Jesús, venga a nosotros tu Reino!

¿Reconozco en mí los signos del Reino y los del mal espíritu?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc